

John Julius Norwich

Los Papas

Una historia

Prólogo de Antony Beevor
Traducción de Christian Martí-Menzel
Revisado por Panteleimón Zarín

Ride si sapis

Lema del Reino de Redonda

Reino de Redonda

Título original: *The Popes. A History*, Londres, 2011

© John Julius Norwich, 2011
 © De esta edición: Realm of Redonda/Reino de Redonda, S.L., 2017
 c/o Agencia Literaria Casanovas & Lynch
 Muntaner, 340
 08021 Barcelona

© Del prólogo: Antony Beevor, 2017
 © De la traducción: Christian Martí Menzel, 2017

Distribución: Penguin Random House S.A.U.
 Travessera de Gràcia, 47-49
 08021 Barcelona

Primera edición: noviembre, 2017
 ISBN: 978-84-947256-0-9
 Depósito Legal: M-28975-2017

Composición: gama, sl
 Impresión: thau, sl
 Travessera de les Corts, 55, planta 2.ª - Local 5.º B
 08028 Barcelona

Encargada de la edición: Carme López
 Diseño de la cubierta:
 Reino de Redonda, S. L., inspirado en la primera
 edición inglesa (1908) de la novela
The Lost Viol, de M P Shiel

Índice

<i>Los Papas (Una introducción)</i> por Antony Beevor.	9
LOS PAPAS	23
<i>Introducción</i>	27
I. San Pedro (1-100 a.C.)	33
II. Defensores de la ciudad (c. 100-536)	43
III. Vigilio (537-555)	62
IV. Gregorio Magno (590-604)	76
V. León III y Carlomagno (622-816)	90
VI. La papisa Juana (?855-857)	104
VII. Nicolás I y la pornocracia (855-964)	113
VIII. El cisma (964-1054)	130
IX. Gregorio VII y los normandos (1055-1085)	148
X. Inocencio y Anacleto (1086-1183)	168
XI. El Papa inglés (1154-1159)	192
XII. Alejandro III y Federico Barbarroja (1159-1198)	212
XIII. Inocencio III (1198-1216)	231
XIV. El final de los Hohenstaufen (1216-1303)	243
XV. Aviñón (1309-1367 y 1370-1376)	268
XVI. <i>Laetentur Coeli!</i> (1378-1447)	298
XVII. El Renacimiento (1447-1492)	319
XVIII. Los monstruos (1492-1513)	340

XIX. Los dos Medici (1513-1534)	370
XX. La Contrarreforma (1534-1605)	393
XXI. La Roma barroca (1605-1700)	415
XXII. La Era de la Razón (1700-1748)	441
XXIII. Los jesuitas y la Revolución (1750-1799)	454
XXIV. Progreso y reacción (1799-1846)	477
XXV. Pío Nono (1846-1878)	493
XXVI. León XIII y la Primera Guerra Mundial (1878-1922)	520
XXVII. Pío XI y Pío XII (1922-1958)	534
XXVIII. Vaticano II y después (1958-presente)	561
<i>Bibliografía</i>	581
<i>Listado de Papas y Antipapas</i>	587

APÉNDICES

<i>Appendix I / Apéndice I: M P Shiel's and John Gawsworth's Redonda / La Redonda de M P Shiel y John Gawsworth (updated / puesta al día 2017)</i>	599
<i>Appendix II / Apéndice II: Jon Wynne-Tyson's Redonda / La Redonda de Jon Wynne-Tyson (updated / puesta al día 2017)</i>	611
<i>Appendix III / Apéndice III: Javier Marías's Redonda / La Redonda de Xavier Marías (updated / puesta al día 2017)</i>	617

II. Defensores de la ciudad

(c. 100-536)

Roma, en el siglo II d.C. Los cristianos no dejaban de crecer e iban desarrollando su propia organización, aunque aún les quedaba un largo camino por delante. También iba cambiando su composición. Las primeras comunidades estaban formadas casi exclusivamente por judíos, aunque ahora la población judía estaba en decadencia: muchos de ellos habían emigrado desde Jerusalén a Pella (en lo que es ahora el Reino de Jordania) en el año 66, después de que ejecutaran a su líder Santiago. La comunidad cristiana de Roma era ahora abrumadoramente gentil y lo sería aún más con el paso del tiempo.

¿Cómo se administraban? Aunque san Ireneo de Lyon nos facilita la lista de los primeros trece «Papas», desde san Pedro hasta su amigo Eleuterio (175-189), es importante recordar que por lo menos hasta el siglo IX el título de Papa (que deriva del griego *papas*, «pequeño padre») se aplicaba generalmente a todo miembro de edad de la comunidad y que Roma estaba lejos de ser una diócesis tal como entendemos esta palabra hoy en día. Tampoco la Iglesia romana, tal como era entonces, estaba en general aceptada e incluso ni siquiera era respetada. Al fin y al cabo, el Imperio romano disponía de su propia religión oficial –aunque nadie creía mucho en ella– y en todas partes a los cristianos se les aconsejaba prudentemente mantener un discreto perfil bajo. La pesadilla de Nerón ya había pasado, aunque aún se podían producir, y así fue, estallidos de persecuciones. Tuvo lugar, por ejemplo, un periodo desagradable bajo

el emperador Domiciano (que gobernó entre los años 81 y 96), que se creía divino e insistía en que se dirigieran a él como *dominus et deus*, es decir, «señor y dios»; afortunadamente para los cristianos fue asesinado durante una revuelta palaciega y pronto considerarían su destino como una señal de disgusto celestial.

En la primera mitad del siglo II se asistió a una, si no más benevolente, por lo menos sí más indiferente actitud por parte de los emperadores hacia sus súbditos cristianos: Trajano, Adriano y Antonino Pío (que reinaron entre los años 96 a 161) tendieron a no molestarlos. Sin embargo, ahora el Imperio cubría una vasta área y no todos sus gobernadores provinciales tenían una visión tan clara del tema. Siempre podían encontrarse excusas para un ocasional baño de sangre; además, el público exigía sus circos y había que alimentar a los animales. Los dos hombres de la Iglesia más brillantes de la época, san Ignacio, obispo de Antioquía (el primer escritor que utilizó la palabra griega para «católico» o «universal» en su sentido religioso) y su amigo san Policarpo, obispo de Esmirna (paladín de san Pablo y se sospechaba que el autor de varias de las epístolas paulinas), fueron martirizados: el primero fue lanzado a los leones en la arena hacia el año 110 y el segundo murió apuñalado medio siglo después, más o menos a la edad de ochenta y seis años, tras un intento fallido de quemarlo en una hoguera.

Tanto Ignacio como Policarpo eran de Oriente e ilustran otro problema de la temprana Iglesia en Roma: el hecho de que el cristianismo era esencialmente una religión de Oriente Medio, gran parte de la cual aún se centraba firmemente en el mundo de habla griega del Mediterráneo oriental. Considerado desde una perspectiva histórica, las Iglesias que, gracias a san Pablo y sus sucesores, iban surgiendo en Asia Menor, Egipto, Siria y Grecia eran mucho más importantes que las relativamente pequeñas comunidades de Italia. Alejandría era entonces la segunda ciudad del Imperio y Antioquía —donde se utilizó por primera vez la palabra «cristiano»— la tercera. También estas dos ciudades eran intelectualmente más distinguidas en comparación con Roma. A pesar de que el griego era (incluso en la misma Roma) la primera lengua de la cristiandad y continuó siendo dominante en la liturgia hasta mediados del siglo IV y de que los

Papas de Roma de los siglos I y II fueron casi todos griegos, ninguno de ellos demostró ser un pensador o un teólogo o incluso administrador destacado. Ciertamente no jugaban en la misma liga intelectual que los obispos de Antioquía y Esmirna y sus amigos.

Sin embargo, esta visión, de manera no del todo sorprendente, no atraía a la Iglesia de Roma. Durante los dos primeros siglos de su existencia, los Papas trabajaron mucho para establecer su supremacía. Roma, tal como destacaban constantemente, no sólo era la capital imperial; también era el lugar de sepultura de Pedro y Pablo, los dos imponentes gigantes de la temprana Iglesia. Por extraño que parezca, el defensor más elocuente y persuasivo de la causa de Roma era otro natural de Oriente Medio, san Ireneo, que de niño había oído predicar a Policarpo y del que, por consiguiente, se cree que, como él, procedía de Esmirna. En todo caso se trasladó a Occidente, convirtiéndose en obispo de Lyon inmediatamente después de las espantosas persecuciones que tuvieron lugar allí en el año 177 (iniciadas por el violento anticristiano Marco Aurelio, un emperador filósofo que debería haber tenido más sentido común). Para Ireneo la Iglesia de Roma era «la gran e ilustre Iglesia, a la cual, por razón de su estatus supremo, toda Iglesia, incluidos a todos sus feligreses estén donde estén, debe acudir».

El hijo y sucesor de Marco Aurelio, Cómodo, es considerado generalmente como uno de los emperadores romanos más despiadado. Edward Gibbon, el primer gran historiador que combinó la erudición con el sentido del humor, nos dice lo siguiente:

Pasaba las horas en un serrallo de trescientas bellas mujeres y otros tantos muchachos de todas clases y provincias, y donde las artes de la seducción eran ineficaces, el brutal amante recurría a la violencia. Los historiadores antiguos se han explayado en estas escenas inmorales de prostitución, que desprecian toda restricción de la naturaleza o de la modestia, pero no sería fácil transcribir sus fieles descripciones a la decencia de un idioma moderno.¹

1. E. Gibbon, *Decadencia y caída del Imperio romano*, capítulo IV, traducción de José Sánchez de León Mendiña, Atalanta 2012.

A medida que se volvía más y más desequilibrado, el emperador Cómodo se convenció de que era Hércules y regularmente ofrecía espectáculos en el circo sacrificando animales salvajes en número prodigioso e incluso entrando como gladiador en las listas. Como tal se dice que tuvo no menos de 735 participaciones, y que de todas ellas –lo que resulta claramente increíble– salió victorioso. Que lo asesinaran tarde o temprano era inevitable, aunque de alguna manera resultó apropiado que el hombre que lo acabó estrangulando el 31 de diciembre del año 192 fuera un luchador campeón.

En todo caso, para los cristianos la vida bajo el gobierno de Cómodo resultó ser más fácil que bajo el gobierno de su padre, hasta el punto de que un eunuco llamado Jacinto se convirtió en el primer (y casi con toda seguridad el último) hombre en la historia que combinó los deberes como vigilante de un gran harén de trescientas mujeres con los de presbítero de la Iglesia cristiana. Gracias a él y a Marcia, la concubina favorita del emperador, el papa Víctor I (189-199) –en los momentos en que no estaba metido en furiosas disputas con todas las Iglesias de fuera de Roma sobre las fechas de la Pascua– logró infiltrarse en el palacio imperial y así favorecer los intereses de sus feligreses. Por lo menos en una ocasión tuvo un notable éxito: cuando logró salvar a un grupo de cristianos del terrible destino de tener que cumplir trabajos forzados en las minas de hierro y cobre de la isla de Cerdeña.

A principios del siglo III, los Papas aún trabajaban para establecer su autoridad sobre las Iglesias de Asia e iban logrando constantes progresos. Los esporádicos periodos de persecución variaban según la actitud (y ocasionalmente incluso el humor) del emperador reinante. Sin embargo, la reputación de los cristianos creció enormemente por el hecho de que dos de sus más acérrimos enemigos, Decio¹ y

1. Bajo Decio se martirizó al primer líder de la Iglesia desde que san Pedro fuera torturado: el papa Fabián (236-250) murió a causa de la brutalidad con que se lo trató en prisión. Pocos años después, bajo el mandato de Valeriano, fue sucedido por el papa Sixto II (257-258), que fue arrestado en las catacumbas y decapitado junto a los diáconos que lo acompañaban.

Valeriano, tuvieron (igual que Domiciano) un final poco agradable: el primero fue masacrado por los godos en el año 249; el segundo, capturado once años después por el rey persa Sapor, que lo utilizó durante el resto de su vida como escalón para montar a caballo. Por fortuna, Galieno, el hijo y sucesor de Valeriano, fue sensato y dio marcha atrás a las políticas de su padre, permitiendo a los cristianos de todo el Imperio no sólo profesar su culto libremente, sino también hacer proselitismo. Por entonces había varias religiones compitiendo, entre ellas el mitraísmo, la religión del *Sol invictus*, el sol invicto, y por supuesto el antiguo culto a los dioses del Olimpo, que unos sacerdotes oficiales mantenían más como una antigua tradición que una fe viva. Sin embargo, en Roma los cristianos los superaban a todos en número.

Sólo había un problema: el hecho de que la misma Roma estaba en rápida decadencia y que cada vez perdía más el contacto con el nuevo mundo helenístico. En toda la península italiana la población menguaba y el principal enemigo del Imperio, Persia, se encontraba a varias semanas, no meses, de viaje. Incluso cuando en el año 293 el emperador Diocleciano dividió su Imperio en cuatro, haciendo de Nicomedia (la actual Izmit, en el extremo noreste del mar de Mármara) su capital, ninguno de sus otros tres tetrarcas (gobernantes conjuntos) soñaba con vivir en la que técnicamente aún era la capital. Todo el foco del Imperio se había trasladado hacia el este. Italia se había convertido en un páramo. En ausencia del emperador, el Papa era la persona más importante en Roma. Sin embargo, la propia ciudad era ahora un lugar triste y sórdido, diezmado por la malaria y que conservaba pocas huellas de su antiguo esplendor.

Aún quedaba por llegar un nuevo estallido de persecuciones. Durante los primeros veinte años de su reinado, Diocleciano, que accedió al trono imperial en el año 284, pareció tolerar gustoso a sus súbditos cristianos –es casi seguro que tanto su mujer como su hija fueron bautizadas–, pero entonces, entre los años 303 y 304, publicó repentinamente cuatro edictos en contra de ellos. A decir de todos en general era un hombre humanitario y compasivo, que decretó específicamente que no se debían producir derramamientos de sangre; sin embargo, su segundo al mando, Galieno, y sus compañeros

de armas, que no querían ser privados de sus placeres, siguieron adelante a pesar de todo, y durante dos años una monstruosa ola de violencia asoló todo el Imperio. Pudo haberse prolongado durante más tiempo, pero para alivio de sus víctimas, el emperador abdicó en el año 305 y se retiró a vivir en su palacio de la costa dálmata para cultivar coles. Y una vez más el péndulo se desplazó.

Difícilmente se podría haber desplazado con más rapidez o más lejos. En el año 306 un joven general de nombre Constantino fue proclamado emperador por sus tropas en York, tras la muerte de su padre Constancio I, que había reinado como uno de los tetrarcas de Diocleciano. En la actualidad lo conocemos como Constantino el Grande y por una buena razón: a excepción de Jesucristo, el profeta Mahoma y Buda, ha sido quizá uno de los hombres más influyentes de la historia. Sólo unas pocas personas toman decisiones que cambian el curso de la misma y Constantino tomó dos. La primera se refiere a la religión: la conversión, tanto personal como del Imperio al cristianismo. Necesitó unos cuantos años para establecer su autoridad suprema –el sistema de Diocleciano de los cuatro tetrarcas no le gustaba en absoluto–, pero en el año 313 él y su corregente Licinio pudieron promulgar el Edicto de Milán, que garantizaba la total libertad religiosa para todo súbdito del Imperio. Dos años más tarde se abolió la crucifixión y en el año 321 se decidió que el domingo fuera día festivo. Al morir Constantino en el año 337 (menos de treinta y cinco años después de las persecuciones de Diocleciano) el cristianismo ya se había convertido en la religión oficial del Imperio romano.

La segunda decisión fue política. Constantino trasladó la capital imperial desde Roma a una nueva ciudad en el este, construida expresamente para ello a orillas del Bósforo, ocupando el lugar de la antigua ciudad griega de Bizancio, una ciudad que en un momento pensó llamar Nueva Roma, pero que desde el principio fue llamada por él: Constantinopla. La inauguró el 11 de mayo del año 330 –dedicándola, por cierto, a la Virgen– y ese día el Imperio ganó un nuevo calificativo, el de bizantino. Sin embargo, es importante recordar que ni él ni sus súbditos reconocieron ningún cambio cualitativo o ruptura en la continuidad. Para ellos el Imperio seguía siendo lo que siempre había sido: el Imperio romano de Augusto y sus sucesores.

Y ellos, a pesar del idioma que hablaban –con el tiempo el latín desapareció y el griego pasó a ser universal–, siguieron siendo ante sus propios ojos romanos hasta la médula.

Al papa Silvestre I (314-335) y sus feligreses en Roma, la noticia de la segunda decisión tomada por el emperador debió de irles muy bien para mitigar las consecuencias de su primera decisión. El cristianismo podía ahora sonreír; las persecuciones eran cosa del pasado. Y en la única visita de Constantino a Roma en el año 326 no sólo rechazó participar en una procesión pagana (ofendiendo considerablemente a los tradicionalistas), sino que se dedicó a elegir los emplazamientos para algunas de las grandes basílicas que tenía previsto construir –y decorar suntuosamente– en la ciudad y sus alrededores. La primera de ellas era la que se iba a dedicar a san Pedro, por encima del Santo Sepulcro, en la Colina Vaticana. También tenía proyectada una segunda catedral y un baptisterio junto al palacio de Letrán, que ocuparía el lugar donde se encontraban los viejos cuarteles de la caballería imperial.¹ Al lado estaba la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén para conmemorar el hecho de que la madre del emperador, santa Elena, hubiera encontrado la Vera Cruz; y finalmente la gran iglesia de la Vía Apia, que delimita el lugar tradicional al que fueron trasladados en el año 258 los restos de san Pedro y san Pablo, aunque ahora dedicada (cabría pensar que de manera injusta) a san Sebastián.

Todas eran noticias excelentes. Por otro lado, tal como bien sabía Silvestre, Constantino había ordenado casi simultáneamente la construcción de la Iglesia del Santo Sepulcro² en Jerusalén y de otras en Tréveris, Aquilea, Nicomedia, Antioquía, Alejandría y varias ciudades más, por no hablar de la Gran Iglesia de Santa Sofía, de la Di-

1. Debe su nombre a la antigua familia romana de los Laterani, que originalmente lo construyeron.

2. Constantino inició este proyecto para celebrar el éxito del Concilio de Nicea en el año 325, aunque fue su madre, santa Elena, la que, dos años más tarde, a los setenta y dos, se trasladó a esta ciudad a la que le dio un nuevo ímpetu y con los resultados descritos.

vina Sabiduría, en su nueva capital. ¿Cómo el obispo de Roma podía seguir proclamando su supremacía por encima de toda la Iglesia cristiana? No era él, sino su hermano en Constantinopla, quien en lo sucesivo contaría con el favor del emperador. Durante más de seiscientos años se creyó que Constantino, en gratitud hacia Silvestre por haberlo curado milagrosamente de la lepra, le había dorado la píldora reconociendo los privilegios del Papa y sus sucesores. «Roma y todas sus provincias, distritos y ciudades de Italia y Occidente están sujetos a la Iglesia de Roma para siempre.» Desafortunadamente para el Papado, no actuó de esa forma. Ahora sabemos que la así llamada Donación de Constantino fue una falsificación, elaborada probablemente en el siglo VIII por la Curia romana. No obstante, fue una prueba de inestimable valor de las reclamaciones territoriales del Papado hasta que en el año 1440 se dio a conocer públicamente el fraude (lo hizo el humanista italiano Lorenzo Valla).

Durante su Papado el papa Silvestre tuvo la desgracia de ser testigo de la aparición de la primera de las grandes herejías que dividirían a la Iglesia durante los siglos venideros. La propagó en primer lugar un tal Arrio, presbítero de Alejandría, un hombre de inmensos conocimientos y una presencia física notable. Su mensaje era muy simple: que Jesucristo no era coeterno ni de la misma sustancia que Dios Padre, sino que fue creado por este último en un momento determinado y con un propósito determinado y que era su instrumento para la salvación del mundo. Así, aunque un hombre perfecto, el Hijo debe permanecer siempre subordinado al Padre. En ello, a los ojos del arzobispo de Arrio, Atanasio, había sin duda una doctrina peligrosa, de forma que tomó inmediatamente medidas para erradicarla. En el año 320 su propagador fue procesado ante casi cien obispos de Egipto, Libia y Tripolitania y excomulgado por herético.

El daño, sin embargo, ya estaba hecho: la enseñanza se difundió como la pólvora. Debemos recordar que era una época en la que existía un interés apasionado por las discusiones teológicas, no sólo entre los hombres de Iglesia y estudiosos, sino en todo el mundo de habla griega. Se distribuían folletos, en las plazas de mercado se daban fervientes discursos, en los muros se escribían lemas. Todo el mundo opinaba: o se estaba a favor de Arrio o se estaba en contra. Él

mismo, a diferencia de la mayoría de teólogos, era un excelente publicista. Con el fin de propagar mejor sus ideas escribió varias canciones populares y rimas –para marineros, viajeros, carpinteros y otros oficios– que se cantaban y silbaban en las calles.¹ Así, uno o dos años más tarde, Arrio, que había abandonado Alejandría apresuradamente tras ser excomulgado, regresó triunfante. Apareció antes de dos sínodos posteriores en Asia Menor, ambos se pronunciaron abrumadoramente a su favor y Arrio reclamó su antiguo trabajo.

Finalmente, en el año 324, intervino el emperador. Ya no se celebrarían más sínodos con obispos locales. En vez de ello habría un Concilio universal de la Iglesia, en el que deberían participar todos los líderes eclesiásticos, tanto de Oriente como de Occidente, un Concilio Ecuménico con tal autoridad y distinción, que las partes en disputa se verían obligadas a aceptar sus resoluciones. Se celebraría en Nicea en los meses de mayo y junio del año 325 y el mismo Constantino participaría en él.

Durante el Concilio hizo mucho más que eso. Lo presidió, discutió, alentó, aplacó los sentimientos alterados, insistiendo siempre en la importancia de la unidad y las virtudes del compromiso e incluso, si era necesario, pasando del latín a su vacilante griego en sus esfuerzos por convencer a sus oyentes.

Fue también Constantino quien propuso incluir en el borrador del acuerdo una palabra clave que terminaría, por lo menos temporalmente, con la fe de Arrio y su doctrina. La palabra era *homoousios*, que significa consustancial, de la misma o igual naturaleza, para describir la relación entre el Hijo y el Padre. Su inclusión en el borrador equivalió prácticamente a una condena del arrianismo y dice mucho en favor de la capacidad de persuasión de Constantino –y debemos sospechar que también de intimidación– al ser capaz de conseguir que se aceptara. De esta forma, el Concilio emitió su veredicto: Arrio, junto con los seguidores que aún le quedaban, fue condenado oficialmente, sus escritos considerados anatema y se ordenó quemarlos.

1. («Lo honramos demasiado si lo aclamamos como el padre de la música religiosa en la Iglesia cristiana» (*Dictionnaire de théologie catholique*, entrada sobre el «arrianismo»). Y realmente lo honraríamos demasiado.

El emperador deseaba que más Iglesias de Occidente tomaran parte en el Concilio de Nicea. Sin embargo, sufrió una decepción al respecto, pues mientras más de trescientos obispos representaron a las Iglesias de Oriente, sólo fueron cinco de las de Occidente, además de dos clérigos enviados, más como observadores que otra cosa, por el papa Silvestre desde Roma. Por parte del Papa se trataba de una decisión comprensible. Seguramente consideraba que emprender ese viaje supondría degradarse a sí mismo y su institución. Además, los eclesiásticos occidentales carecían de la insaciable curiosidad intelectual de sus hermanos de Oriente. El latín, que había reemplazado al griego como la lengua franca de la Iglesia romana no hacía ni un siglo, aún no contaba con las palabras técnicas necesarias para expresar los matices sutiles del significado, que tanto placer producían a los teólogos ortodoxos. No obstante, cometió un grave error. Si hubiera acudido al Concilio, su prestigio se hubiera visto considerablemente reforzado. Su reclamación de ser la cabeza suprema de la Iglesia universal hubiera sido incluida con seguridad en el borrador del Credo de Nicea, la primera declaración oficial de fe de la Iglesia; una versión revisada de la cual todavía se recita hoy con regularidad en la eucaristía tanto católica como anglicana.

¿Y qué fue de Arrio? Lo exiliaron a Iliria—la provincia romana de la costa dálmata—y se le prohibió regresar a Alejandría. Aunque pronto volvió a Nicomedia, donde durante los siguientes diez años no dejó descansar a las autoridades. Al final, en el año 336 Constantino se vio forzado a entregarlo a Constantinopla para que continuaran investigando sus creencias. Fue durante el último interrogatorio cuando:

Arrio, que animado por la protección de sus seguidores hablaba despreocupada e imprudentemente, de repente se vio obligado a retirarse para aliviar sus necesidades; e inmediatamente, tal como está escrito¹ «se derrumbó y entregó el alma».

Esta versión de la historia debemos admitir que procede de la pluma de un enemigo implacable de Arrio, el arzobispo Atanasio de

1. Actas I, 18.

Alejandría. Sin embargo, las circunstancias poco atractivas de su fallecimiento están demasiado bien relatadas por escritores contemporáneos como para que se conviertan en motivo de debate. De forma inevitable aquellos que lo odiaban las interpretaron como un castigo divino: la referencia bíblica del arzobispo es algo similar al destino que cayó sobre Judas Iscariote.

La muerte de su iniciador no supuso en todo caso el fin del arrianismo. Este continuó prosperando en muchas partes del Imperio hasta que, en el año 381, un fanático hispano antiarrianista, el emperador Teodosio el Grande, convocó el segundo Concilio Ecuménico, que se celebró en Constantinopla y que finalmente dio con una solución satisfactoria al problema. De hecho, hizo aún más. Decretó una prohibición general de todos los cultos paganos y heréticos. La herejía—cualquier herejía—sería en lo sucesivo un delito contra el Estado. En menos de un siglo, una Iglesia perseguida se había convertido en una Iglesia perseguidora. A los judíos en particular se los sometió a una gran presión. Al fin y al cabo, fueron ellos los que crucificaron a Cristo. En lo que se refiere al arrianismo se extinguió prácticamente en todo el Imperio, aunque durante por lo menos otros trescientos años continuaría muy presente entre las tribus bárbaras germánicas.

El papa Dámaso (366-384) no envió representantes a este Concilio y tampoco participaron obispos de Occidente; y se horrorizó al descubrir más tarde que allí se había decretado que «el obispo de Constantinopla tendrá preeminencia en los honores frente al obispo de Roma, pues Constantinopla es la Nueva Roma». La preeminencia, rugió, no se debía en ningún caso al pasado de Roma como capital del Imperio, sino que se basaba exclusivamente en su pedigrí apostólico, que se remontaba a san Pedro y san Pablo. Tampoco Constantinopla era la segunda en antigüedad; no era ni siquiera un Patriarcado; tanto Alejandría como Antioquía estaban por encima de ella: la primera había sido fundada según la tradición por san Marco siguiendo órdenes de Pedro, y la segunda, porque san Pedro había sido su primer obispo antes de marchar a Roma.

Las relaciones entre Roma y Constantinopla se iban deteriorando con rapidez.

El emperador Constantino murió el domingo de Pentecostés del año 337. A pesar de que durante años fue un supuesto obispo de la Iglesia cristiana recibió el bautismo en su lecho de muerte y se lo administró, paradójicamente, el obispo Eusebio de Cesarea, un arrianista. Hasta finales del siglo los sucesores de Constantino reinaron sin rival en todo el Imperio. Aunque Teodosio el Grande, que murió en el año 395, lo dividió de nuevo, entregando a su hijo mayor, Arcadio, el este, y a su hijo menor, Honorio, el oeste. Demostró ser una decisión desastrosa. Bajo el dominio de trece emperadores, que en su mayor parte no residían en Roma sino en Rávena, cada uno más incompetente que el anterior, y de los que prácticamente nadie se acuerda hoy en día, el Imperio de Occidente embarcado en un declive inexorable que se prolongaría durante ochenta años, fue presa de los germánicos y de otras tribus, que progresivamente iban cerrando el cerco.

Para entonces, el obispo de Roma había alcanzado una posición casi monárquica de dominio en Occidente. El emperador, como siempre involucrado en el este, había eximido a sus súbditos de los impuestos y garantizado una jurisdicción en lo que se refería a temas de fe y ley civil y con los años había ido concentrado continuamente autoridad. El obispo Dámaso había reivindicado un puesto «apostólico», utilizando la declaración de Cristo en san Mateo para apoyar sus reivindicaciones de poder; siguió aumentando su reputación promoviendo la publicación de la Vulgata –una nueva y muy superior traducción al latín de la Biblia–, a cargo del erudito Jerónimo de Estridón. Su sucesor, el obispo Siricio (384-399) fue el primero en ostentar el título de «Papa», confiriéndole gran parte del significado que hoy tiene. El papa Inocencio I (401-417) insistió en que todos los asuntos importantes tratados en los sínodos debían serle presentados a él para que tomara la decisión final. En el este, estas reivindicaciones nunca fueron tomadas en serio; allí, únicamente el emperador seguía siendo la autoridad suprema, asistido quizá por un Concilio Ecuménico, que sólo él podía convocar. Aun así, se podía afirmar que los obispos de Roma habían alcanzado la mayoría de edad: eran, al fin y al cabo, efectivamente Papas y para la liturgia utilizaban el latín, no el griego. Eran Papas que habían en-

contrado para sí mismos un nuevo papel: el de defensores de la propia Roma.

El siglo v se inició con un estallido: a principios del verano de 401 Alarico el visigodo invadió Italia. Sin haber llegado aún a los treinta años de edad, ya había propagado el terror desde los muros de Constantinopla hasta el sur del Peloponeso. De hecho, no es que fuera fundamentalmente hostil al Imperio; su verdadero objetivo era establecer en él un hogar para su gente. Si el Senado romano y el estúpido emperador de Occidente Honorio –cuyo único interés por entonces parece que era criar gallinas– hubieran entendido esto, habrían podido evitar la catástrofe final; por su falta de comprensión la convirtieron en inevitable. En septiembre del año 408, Alarico ya estaba a las puertas de Roma y se inició el primero de los tres asedios de la ciudad. Se prolongó durante tres meses. Las autoridades civiles estaban inermes, mientras Honorio se refugiaba en las ciénagas de Rávena. El papa Inocencio I fue el encargado de negociar con el conquistador y pactar los mejores términos posibles de la rendición. Alarico exigió un rescate enorme en oro y plata y otras materias preciosas, así como tres mil libras de pimienta. Sin embargo, gracias por completo al Papa, respetó las propiedades de la Iglesia y no se produjo ningún baño de sangre.

El segundo de los asedios de Alarico sólo tuvo un objetivo: derrocar a Honorio. El rey de los godos les dejó claro a los romanos que lo único que debían hacer era deponer al idiota de su emperador, así el asedio sería levantado instantáneamente. El Senado romano, reunido de emergencia, no tardó mucho en llegar a un acuerdo. Sin embargo, Honorio se negó a abandonar su cargo. Siguió causando problemas hasta que finalmente, a principios del verano de 410, Alarico marchó sobre Roma y la sitió por tercera vez. Con pocas reservas de comida, la ciudad no podía resistir por mucho tiempo. Hacia finales del mes de agosto los godos irrumpieron por el muro norte, justo a los pies del monte Pincio.

Tras la captura de la ciudad hubo los tres días habituales de pillaje, aunque este primer saqueo de Roma no parece que fuera tan salvaje

como nos han hecho creer los libros de Historia; de hecho, fue bastante comedido si lo comparamos con los estragos que causaron los normandos en el año 1078 o el ejército de Carlos V en 1527. El propio Alarico, como devoto cristiano que era, impartió órdenes para que se respetaran las iglesias o los edificios religiosos y el derecho de asilo en cualquier parte. Aunque un saqueo, por muy decorosamente que se lleve a cabo, sigue siendo un saqueo. Los godos estaban lejos de ser unos santos y, a pesar de ocasionales exageraciones, seguramente hay mucho de verdad en las páginas que Gibbon dedica a las atrocidades que se cometieron: los innumerables espléndidos edificios que fueron pasto de las llamas, la multitud de inocentes asesinados, las mujeres violadas y las vírgenes desfloradas.

Una vez transcurridos los tres días, Alarico se dirigió hacia el sur. Aunque no había llegado mucho más allá de Cosenza cuando sufrió una violenta fiebre y a los pocos días murió. Sólo tenía cuarenta años. Sus seguidores llevaron su cuerpo hasta el río Busento, donde habían construido una presa y desviado temporalmente su curso natural. Allí, en el caudal seco, enterraron a su líder; a continuación rompieron la presa, las aguas volvieron a su cauce y lo cubrieron.

El papa Inocencio hizo todo lo que pudo, aunque fue incapaz de salvar a sus feligreses del tercer y último asedio. Probablemente fue el primer gran Papa. Un hombre de gran habilidad, muy resolutivo y de moral impecable; destaca como un faro entre la gran cantidad de mediocres que lo precedieron. Estaba dedicado a lograr que la supremacía papal fuera absoluta. Todas las grandes causas de disputa debían ser sometidas al juicio de la Santa Sede. Seguro que se sintió satisfecho cuando en el año 404 recibió una respetuosa petición del arzobispo de Constantinopla, san Juan Crisóstomo, ese santo pero insoportable prelado, cuyas tremendas reprobaciones a la emperatriz Eudoxia –que por entonces había abandonado a su marido Arcadio por, por lo visto, una serie interminable de amantes– supusieron su propia deposición por parte del Patriarca de Alejandría¹ y su subsiguiente exilio. Juan exigió un juicio solemne donde pudiera

1. Constantinopla no tuvo un Patriarca propio hasta el año 451.

enfrentarse a sus acusadores, lo que sin lugar a dudas suponía su reconocimiento del obispo de Roma como su superior. Naturalmente, Inocencio acudió en su defensa y convocó un sínodo de obispos latinos que, como cabía esperar, solicitó a Arcadio que repusiera a Crisóstomo inmediatamente en su sede. Cuando vio que eso no surtía ningún efecto, envió una delegación a Constantinopla. Al estar compuesta por no menos de cuatro obispos veteranos, difícilmente podía ser ignorada. Sin embargo, Arcadio no se dejó impresionar. Ni siquiera permitió que los emisarios entraran en la ciudad. Les arrebataron las credenciales y los encerraron en un castillo de Tracia, donde los sometieron a lo que con toda probabilidad fue un penoso interrogatorio. Sólo después, insultados y humillados, se les permitió regresar a Italia.

De forma que cuando san Juan Crisóstomo murió en el año 407 en la remota región de Ponto, en el mar Negro –seguramente como consecuencia de los malos tratos a que lo sometieron sus guardianes–, dejó una Iglesia profundamente dividida. Y el papa Inocencio, que sólo tres años antes contaba con buenas razones para creer que su supremacía era reconocida en Constantinopla, se enfrentaba ahora a la prueba irrefutable de que estaba equivocado. No obstante, permaneció en el poder durante una década más, haciendo importantes contribuciones en los campos de la liturgia y la teología y gobernando Roma con mano firme. Quizá se pueda discutir si realmente mereció ser santificado por eso, aunque le otorgó al Papado un prestigio internacional hasta entonces desconocido; él constituye el primer hito en el camino de esa institución hacia la grandeza.

Justo veintitrés años (y cinco Papas) después de la muerte de Inocencio en el año 417, el abogado y teólogo toscano León I (440-461) fue elegido para ocupar el trono papal. Fue el primer obispo de Roma en adoptar el título de los sacerdotes jefes paganos, *pontifex maximus*, y el primero de sólo dos en toda la historia del Papado en ser conocido como «el Grande». De hecho, no mereció este título más que Inocencio, cuya campaña para establecer la supremacía de Roma él continuó con entusiasmo. La autoridad papal, tal como reivindicaba, era

la autoridad del mismo san Pedro. El Papa era un portavoz de Pedro. Éste era el mensaje fundamental de su extensa correspondencia con obispos y hombres de Iglesia a lo largo de todo el mundo occidental. Él y sólo él era el guardián de la ortodoxia e hizo lo imposible por extenderla también por el este, aunque esa empresa, como bien sabía, requería mucha más diplomacia y tacto.

Y hasta que punto estos eran necesarios se vio claro con la tormenta que pronto se desataría sobre la cabeza de Eutiques, un viejo archimandrita (el responsable de un gran monasterio, equivalente a un abad) de Constantinopla. Desde hacía más de un siglo, la Iglesia, particularmente la Iglesia de Oriente, estaba profundamente dividida por la cuestión de la naturaleza –o las naturalezas– de Cristo. ¿Poseía dos naturalezas por separado, la humana y la divina? ¿O sólo una? Y si sólo era una, ¿cuál de ellas? El partidario más destacado de la naturaleza dual de Jesucristo fue Nestorio, obispo de Constantinopla, que como consecuencia de ello fue depuesto en el año 431 por el Concilio de Efeso. Por otra parte, era posible ir demasiado lejos en la otra dirección. Ese fue el error de Eutiques, que defendió que Cristo sólo tenía una naturaleza, habiendo sido la humana absorbida por la divina. Esta teoría, conocida como monofisita, era igualmente inaceptable para el tercer sucesor de Nestorio, el obispo Flaviano. Hallado culpable de herejía, condenado y degradado, Eutiques apeló al papa León, al emperador Teodosio y a los monjes de Constantinopla y al hacerlo desató un huracán de una intensidad casi inimaginable. Durante tres años, la Iglesia fue un continuo escándalo, convocando concilios y rebatiéndolos, cesando a obispos y restituyéndolos; con intrigas y conspiraciones, violencia y vituperios, maldiciones y anatemas tronando entre Roma y Constantinopla, Efeso y Alejandría. En el curso de todo ello, el papa León le envió a Flaviano una copia de su celebrado *Tomus Leonis*, en el que, así lo creía él, se establecía de una vez por todas la doctrina de que Cristo poseía dos naturalezas que coexistían. Sus conclusiones fueron confirmadas en el año 451 en el Concilio de Calcedonia, presidido por los delegados papales, y que condenó el monofisismo en todas sus formas. La doctrina de la naturaleza dual ha seguido siendo desde entonces parte integral del dogma del cristianismo ortodoxo, a pe-

sar de que varias Iglesias monofisitas –incluidos los coptos de Egipto, los nestorianos de Siria, los armenios y los georgianos– abandonaron la Iglesia en Calcedonia y aún continúan existiendo.¹

Para entonces, todo el Imperio romano de Occidente estaba desmoronándose. Bretaña, España y África ya se habían perdido, Italia se desintegraba rápidamente. El nuevo enemigo eran los hunos, la más salvaje de todas las tribus bárbaras, cuyos miembros en su mayoría aún vivían y dormían al raso, desdeñando la agricultura y los alimentos cocinados, aunque solían reblandecer la carne cruda colocándola entre sus muslos y los flancos de sus caballos cuando cabalgaban. Sorprendentemente, les gustaba vestirse con túnicas muy elaboradas, hechas con pieles de ratones de campo toscamente cosidas. Las vestían siempre, sin quitárselas nunca, hasta que en un momento dado decidieron deshacerse de ellas. Prácticamente vivían montados sobre sus caballos: comían, comerciaban, tenían sus concilios, incluso dormían sobre sus monturas. Su líder Atila era típico de su raza: bajo, moreno y chato, con una barba fina y despeinada y unos ojos pequeños y brillantes en una cabeza demasiado grande para su cuerpo. No fue un gran gobernante, ni siquiera un general capacitado, pero su ambición, su orgullo y su sed de poder eran tales, que en el espacio de unos pocos años llegó a hacerse temible a lo largo y ancho de Europa; el más temido, quizá, de todos los tiempos, con la posible excepción de Napoleón.

Sin embargo, en cuanto Atila inició su marcha sobre Roma, en el año 452, se detuvo. Desconocemos la razón. En general se le concede el mérito al papa León, que viajó para encontrarse con él a orillas del río Mincio, probablemente en Peschiera, donde el río desemboca en el lago Garda, y que de alguna manera parece que lo persuadió para que no siguiera avanzando. Sin embargo, el huno pagano no hubiera obedecido al Papa por simple respeto a su cargo, de modo que ¿qué argumentos o alicientes le ofreció León? Un sustancial tri-

1. Fue también en Calcedonia donde los obispados de Constantinopla y Jerusalén fueron ascendidos al estatus de Patriarcados, uniéndose así a los de Roma, Alejandría y Antioquía. De nuevo se decretó que Constantinopla sería la segunda en prioridad tras Roma.

buto es la respuesta más probable. Aunque también existe otra posibilidad: Atila, al igual que todos los de su raza, era enormemente supersticioso y el Papa pudo haberle recordado cómo Alarico murió casi después de saquear Roma, señalando que un destino similar le esperaba a cualquier invasor que alzara su mano contra la Ciudad Santa. También es posible que sus propios seguidores también fueran en parte responsables a la hora de persuadir a su líder para que se retirara. Existe un indicio que sugiere este extremo, pues una vez que arrasaron con la campiña de los alrededores de Roma, empezaron a sufrir una importante escasez de alimentos y a raíz de ello las enfermedades hicieron acto de presencia entre sus hombres. Una última consideración fue que estaban llegando tropas desde Constantinopla para reforzar al ejército imperial. Empezaba a parecer que una marcha sobre Roma no iba a ser tan sencilla como se pensaba en un principio.

Por alguna de estas razones o todas ellas, Atila decidió dar marcha atrás. Un año más tarde, la noche posterior a su matrimonio con otra de sus ya numerosas mujeres, sufrió una hemorragia por los esfuerzos realizados y al tiempo que su vida se iba con su sangre, Europa volvió a respirar. Mientras se realizan los preparativos para su funeral, un grupo especialmente seleccionado de cautivos colocaron su cuerpo en tres ataúdes, uno dentro del otro: el primero de oro, el segundo de plata y el tercero de hierro. A continuación, una vez bajaron el cadáver a la tumba y la cubrieron, primero con ricos botines de guerra y después con tierra hasta alcanzar el nivel del suelo, todos los que participaron en las ceremonias del entierro fueron asesinados, con el fin de que la última morada del gran rey permaneciera para siempre secreta e intacta.

El papa León había salvado de nuevo Roma, aunque cuando sólo tres años más tarde el rey vándalo Genserico se presentó frente a sus muros ya no tuvo tanto éxito. El Pontífice persuadió a Genserico para que no incendiara la ciudad, aunque no pudo impedir un espantoso saqueo que se prolongó durante catorce días. El *Liber Pontificalis* nos dice que una vez hubo pasado la pesadilla y León descubrió que se habían llevado todos los cálices y patenas de plata de todas las iglesias de Roma, dio órdenes de que fundieran las seis

grandes urnas de San Pedro –de los tiempos de Constantino– para poder restituirlos.¹ Para entonces, una vez los godos y los vándalos habían hecho de las suyas, ya debía de quedar muy poco de la vieja Roma que valiera la pena saquear. La Roma Imperial ya estaba muerta y era tiempo pasado. Más de cien años antes su espíritu había sido transferido a Constantinopla. Lo que ahora importaba era la Roma cristiana y papal y esta, por fortuna, había demostrado su resistencia ante cualquier atrocidad bárbara.

1. También informa de su decreto de que «una monja no debía ser bendecida con el hábito hasta que se comprobara su virginidad durante sesenta años», tiempo tras el cual no cabe duda de que ya lo habría merecido.